

Letrillas



CINE

Cosas que no le dije a Woody Allen cuando me lo encontré a las nueve de la mañana en Central Park

por **Rafael Gumucio**

Woody Allen, envuelto en un abrigo color camello, se veía más viejo que sus interminables 85 años cuando me lo encontré, por primera y única vez, una mañana helada en Central Park, a la altura del MET. Lo acompañaba Soon-Yi, su esposa, que intentaba, con visible impaciencia, salvarlo de las pocas bicicletas que él se empeñaba en no ver. Esa torpeza ansiosa fue lo que me permitió reconocerlo. Solo Woody Allen podía caminar a esa hora, con ese frío, por ese parque que rodea la ciudad donde ha vivido casi toda su vida.

Eso le habría dicho, de haber tenido el valor o la imprudencia de hablarle. Que no había nada más *woodyallenesco*, o *woodyalleneano*, que encontrármelo ahí y no en un cóctel en el Dakota, en un restaurante italiano mal iluminado o en las escalinatas de Cannes. Me habría gustado decirle que solo él y yo podríamos considerar la idea de pasear a esa hora y con ese frío. Pero para que le hiciera alguna gracia, tendría que haberle explicado quién era yo, pero mi siempre insuficiente inglés, sumado a la

impaciencia visible de la pareja, no lo habría permitido.

De haber podido hablar con él, le habría dicho, en mi pésimo inglés, que estaba ahí por él. No solo en Central Park a las nueve de la mañana, sino en Nueva York, en pleno invierno. Que por él, o gracias a él, o por culpa de él, me había casado con la hija de una profesora que estudió en la misma escuela que su hermana, que creció en el mismo Brooklyn judío que él. Que, como él, creí que conquistar Manhattan era conquistar el mundo y que el puente de regreso a Brooklyn era demasiado largo para cruzarlo de nuevo.

Le habría contado cómo sus películas me ayudaron a guiarme cuando llegué a ese mundo, ese mundo judío culto neoyorquino que sus filmes describían de modo casi documental. Y también le habría contado cómo, después de usarlo como referencia y pretexto, tuve que callar su nombre cuando, según el *New York Times* y el *New Yorker*, se convirtió no solo en sinónimo de abuso sino de cinismo, de un absoluto desprecio por la versión infantilizada del mundo que dominó la segunda década del siglo XXI.

Le explicaría, en un vocabulario que ni siquiera tengo en castellano, que aunque no tenía cómo culparlo de los crímenes que la justicia de Nueva York y Connecticut declararon inexistentes, sí podía culparlo de otros delitos no penales, pero igualmente graves: el pecado estúpido, cruel y, sobre todo, frívolo de sacarle fotos a la hija adolescente de su mujer. Su mujer, que, aunque no legalmente suya, era una adoptadora serial y también la mejor

actriz que tuvieron sus películas. Actriz que desde entonces ha ejercido su talento en documentales de dudoso gusto e investigación sesgada.

Pero ese documental de HBO solo logró probar lo que ya sabíamos, pero de lo que quizás no habríamos querido saber tanto: su obsesiva fascinación, presente en tantas de sus películas, por enseñarles literatura, historia del cine y besos franceses a adolescentes en la frontera del Código Penal. Un gusto que es síntoma de otra debilidad que no puede dejar de dolernos a los que aprendimos a amar viendo sus películas: su incapacidad de asumir, como adulto, la decepción inherente al amor entre dos personas iguales. Esa inmadurez primordial que, a pesar de toda la adoración que recibe en Europa, lo convierte en el más americano de los directores de cine americanos.

En *Maridos y mujeres*, la película que filmaste en pleno divorcio, un divorcio en que tu exmujer te mandaba para San Valentín corazones partidos con cuchillos de verdad, el personaje que encarnaste se enamoraba una vez más de una estudiante que le ayudaba a pasar por alto sus dificultades en la vida adulta. Le impresiona que esta estudiante, encarnada por Juliette Lewis, haya escrito la verdad que estaba viviendo: que la vida no imita el arte, sino la mala televisión.

De eso te habría culpado esa mañana, Woody Allen, de interrumpir tu paseo sin sentido a menos cinco grados Celsius en Central Park: de habernos obligado a los que amamos tus películas a rebatir horas y horas de pésima televisión, de haberme hecho perder tantas conversaciones en distintas fiestas y comidas. ¿No le sacó Woody Allen famosas fotos desnuda a su hijastra vietnamita atrasada mental? No es vietnamita, no es su hijastra, no es atrasada mental, y está aquí como cualquier otra mujer cabreada de haberse casado hace veinticinco años con un anciano a menos cinco grados Celsius.

Podrías haber conseguido una novia menos joven y menos hijastra,

pienso que le diría a Woody Allen en Central Park. Pero me diría que no tiene tiempo de buscar más allá de las dos orillas del parque, que come el mismo sándwich todo el año, que filma siempre dos clases de películas: una policial sobre la suerte, la culpa y el crimen; otra, una comedia sobre la suerte, el amor y las parejas, desde hace cincuenta años. Que toca en un club de jazz, que no tiene otra afición ni pasión que tocar el clarinete y dirigir películas sin darle casi indicaciones a los actores o repetir tomas. Que es una de las personas más aburridas del mundo y que le da lo mismo si sus películas funcionan o no, si queda para la posteridad como un pedófilo o un artista.

De ese crimen eres evidentemente culpable, no solo por no haber pedido nunca perdón por el dolor que infligiste a tus exesposas y exhijos, sino por no haber inventado una narrativa que te explicara más allá del deseo. Culpable de no sentir ni un poco de culpa, que es justamente el tema de *Delitos y faltas*, *Match point*, *El sueño de Casandra* o ahora *Golpe de suerte*. Woody Allen, que en todas esas películas retrata el otro lado de esos personajes que en sus comedias románticas, cuando se acaba el romance, matan, o matan para que se acabe el

romance. El lado criminal de esos mismos seres que descubren que se puede matar y luego dormir como un niño. Un mundo, el de los criminales impunes, el de los criminales sin culpa, que es singularmente el mundo en que vive la generación que decidió en masa no ver más sus películas, no actuar en ellas o, peor aún, actuar en ellas para luego arrepentirse y donar su salario a alguna institución de caridad. Esa generación que retrató con formidable intuición cuando Scarlett Johansson y Jonathan Rhys-Meyers se desean salvajemente en medio de un campo de trigo.

Le habría dicho todo esto en ese Central Park que ya no es ni suyo ni mío. Que ya no tiene ni para él ni para mí la magia de los descubrimientos, los primeros besos, las primeras mentiras, las verdades definitivas que, gracias a él, aprendí. Pero, en lugar de hablar, simplemente lo dejé pasar, con su torpeza elegante, esquivando bicicletas que no quería ver, envuelto en su abrigo de camello, como un eco desvaído de sus propias películas, de su propia leyenda. ~

RAFAEL GUMUCIO es escritor. En 2024 publicó *Los parientes pobres* (Random House).

IN MEMORIAM

Vida, novela y aventuras del formidable Mario Vargas Llosa

por **Daniel Gascón**

Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936-Lima, 2025) ha sido una figura colosal en las letras de nuestra lengua. Premio Nobel en 2010 y Premio Cervantes en 1994, miembro de la Academia Francesa y la Real Academia Española de la Lengua, ha sido ante todo un narrador extraordinario, pero también

un intelectual público esencial y un importante crítico literario.

Era el más joven del *boom* y siempre tuvo algo de primero de la clase. Su novela *La ciudad y los perros* —antes había publicado el libro de relatos *Los jefes*—, inspirada en su traumática experiencia en el colegio militar Leoncio



Fotografía: Power axle-XIII Prix Diálogo - Ceremonia de entrega / Wikimedia Commons.

Prado, obtuvo premios, reconocimiento y escándalo. Esa y todavía más las siguientes novelas, *La casa verde*, con sus dos escenarios y su multitud de personajes, o la mítica *Conversación en La Catedral*, que trata de la corrupción de la dictadura de Odría en su país natal, son obras ambiciosas, herederas de las técnicas de la vanguardia, principalmente de Faulkner, y también están dotadas de un pulso narrativo y una capacidad de fascinación que hacen pensar en otra de las fuentes de Vargas Llosa: la novela del XIX. Ahí era importante la frase de Balzac que decía que la novela es la historia privada de las naciones —sirve de epígrafe a *Conversación en La Catedral*—, pero también el romanticismo de Victor Hugo o los mecanismos del folletín de Alexandre Dumas. Todos los libros de Mario Vargas Llosa tienen algo de novela de aventuras: quizá esa fuera su forma de entender también la vida.

A los 33 años, había escrito tres novelas que ya le habrían dado un lugar en la historia de la literatura. Eso es asombroso, y también lo es que mantuviera después una carrera tan larga

y de calidad sostenida. Se le asocia, con razón, a novelas amplias y extensas, que se plantean como desafíos técnicos y argumentales; también con lo que él mismo denominaba “la novela total”, con su abundancia de materiales y tonos y su pretensión de abarcar toda la experiencia humana. Pero también dominaba la media distancia: se revela en la magistral novela corta *Los cachorros*, sobre una doble amputación, que se cuenta oscilando entre la primera persona del plural y la tercera persona, como en la escena inicial de una obra clave para el peruano, *Madame Bovary*. En los años setenta escribió también memorables novelas más ligeras: la divertidísima *Pantaleón y las visitadoras* o la autobiográfica y cervantina *La tía Julia y el escribidor*. Podría decirse que estableció dos líneas —no absolutamente separadas, comunicantes en varios aspectos— de su narrativa: obras “serias” sobre la violencia, el poder y la corrupción (y sobre los esfuerzos, a menudo frustrados, por luchar contra ellos), y otras más livianas, que a veces jugaban con la estética de un género supuestamente menor. A

la primera categoría pertenecen grandes novelas publicadas en varias décadas: *La guerra del fin del mundo*, sobre un culto mesiánico en Brasil; *El hablador*, que oponía tradición y modernidad; *La Fiesta del Chivo*, una excelente novela de dictador (en este caso, el dominicano Rafael Trujillo); la más que sólida *Tiempos recios*, sobre el sabotaje estadounidense a la democracia liberal en Guatemala. Entre las otras podemos encontrar novelas eróticas como *Los cuadernos de don Rigoberto*, comedias sentimentales como *Travesuras de la niña mala* o los absorbentes relatos policíacos protagonizados por Lituma (que aparecía por primera vez en *La casa verde*), *Lituma en Los Andes* y *¿Quién mató a Palomino Molero?*

Su biografía es a grandes rasgos conocida: parte la contó en sus memorias *El pez en el agua*; el perfil *Vida y libertad* de Enrique Krauze ofrece una excelente semblanza. Tuvo unos años felices, interrumpidos por el regreso de un padre brutal al que creía muerto y que vino a destruir una suerte de paraíso infantil. El colegio militar fue áspero, pero también le mostró la diversidad de Perú y lo acercó a la literatura. Empezó a escribir, a acumular trabajos. Vivió en Europa. A Madrid fue a estudiar la novela de caballerías. En París decía haber descubierto América Latina: una sensación de pertenencia, una literatura, un discurso cultural. Vivió en Barcelona, en Londres, en Madrid, formó parte de esa generación que revolucionó la literatura en nuestra lengua y obtuvo un alcance mundial. Se casó joven y escandalosamente con una tía suya; más tarde, con una prima, Patricia, que sería la madre de sus hijos. Su agente, como la de sus compañeros de movimiento, era Carmen Balcells. Asumió riesgos. Dio clase. Dirigió cine. Se presentó a la presidencia de su país. Hizo teatro. Fue una figura controvertida también en sus últimos años, con apariciones en las revistas del corazón y críticas a la sociedad del espectáculo. Siempre tuvo una relevancia pública,

una vocación de intervención en el debate.

Fue un gran narrador, de técnica deslumbrante. Tiene grandes personajes y frases, pero quizá lo que mejor recuerdo de su obra son la invención de algunos ambientes, el ritmo, la creación de estructuras, el montaje cinematográfico, técnicas como los “diálogos telescópicos”. Su conciencia del oficio hizo de él un gran crítico literario, que explicaba el manejo del tiempo en la obra de Flaubert y del punto de vista en la de Onetti, que enseñaba que el personaje más importante de todas las novelas es el narrador, que estudió a José María Arguedas y dedicó una tesis doctoral a Gabriel García Márquez (amigo y luego ya no). Sus textos sobre literatura son perspicaces y apasionados; revelan una estética y son una escuela de escritura.

Siempre fue respetuoso y atento con la obra de los demás, y fue generoso en la valoración y en la lectura de los otros, tanto en privado como en público. Elogió a Javier Cercas, a Leila Guerriero, a Andrés Trapiello y a muchos otros.

Fue también un gran intelectual público latinoamericano, y alguien que evolucionó desde la confluencia entre extrema izquierda y nacionalismo de su juventud a una postura liberal. En medio estuvieron el entusiasmo con la Revolución cubana y la decepción por el totalitarismo castrista, la Guerra Fría y sus consecuencias, el descubrimiento de un pensamiento democrático y pluralista. Octavio Paz —que acaso la compartiera— dijo de él que tenía la pasión del converso, pero incluso al final era imprevisible y eso formaba parte de su encanto y enseñanza. En ocasiones esa actividad polémica ha estado a punto de eclipsar su extraordinaria obra narrativa. Era casi un lugar común afirmar “Vargas Llosa, de quien me siento tan alejado en sus posturas políticas, sin embargo”: esto ocurría cuando defendía a figuras discutibles pero democráticas, mientras que los escritores que callaban ante dictaduras o que las

aplaudían no inspiraban esa salvedad. Algo interesante de Vargas Llosa, más allá de la coincidencia estricta con sus posiciones y de alguna declaración controvertida, es que pudimos ver una evolución, una discusión honesta con los demás pero también consigo mismo.

Era un demócrata que criticaba dictaduras de derecha y de izquierda y pensaba que ningún pueblo tenía un destino predeterminado. Los países de América Latina tenían el mismo derecho y capacidad de ser democracias liberales y Estados de derecho que los de otras latitudes. Culto y curioso, diría que su reflexión sobre los pensadores tenía muy en cuenta las controversias y los posicionamientos, la coherencia moral más que el sistema, la libertad e independencia de la mirada por encima de todo.

Era célebre por su energía, su capacidad de trabajo, un talento asombroso. Como la mayoría de los grandes creadores, se alimentaba de una tensión entre opuestos. Señalaré algunos.

El joven Mario Vargas Llosa, cuando tenía un montón de pequeños empleos, era apodado “el sartrecillo valiente” por su admiración hacia el autor de *El ser y la nada*. Fue quizá su primer modelo. Más tarde, cuando evolucionó hacia el liberalismo, se sintió alejado de su dogmatismo y reivindicaba sobre todo a Camus, su integridad moral, su vocación humanista. Pero su impulso de intervención pública que mantuvo prácticamente hasta el final era heredero de Sartre y en los últimos tiempos escribió algún artículo reconociendo su magisterio.

También su relación con los lugares es interesante y contradictoria: ya he comentado que decía haber descubierto América Latina en París. Fue también un afrancesado; sus grandes modelos culturales eran franceses: los citados Hugo, Flaubert, Sartre, Camus; también André Malraux o Georges Bataille. Políticamente simpatizaba con el parlamentarismo británico. Isaiah Berlin y Karl Popper, que se refugiaron en el Reino Unido, fueron dos

influencias decisivas en su paso hacia el liberalismo; también admiraría la lucidez de otro autor francés, Raymond Aron. Vivió mucho en España y conocía muy bien su literatura: escribió sobre el *Quijote* y *Tirant lo Blanch*, sobre Azorín, Clarín y Galdós, participó en el debate público —por ejemplo, en la oposición al nacionalismo—. Pero no escribió mucha ficción sobre este país, ni tanta sobre Europa en general (el gran repositorio, lleno de ambientes y clases y razas, es Perú, aunque aparecen muchos otros territorios americanos en sus novelas, y también escribió de África y Oceanía). Una excepción es el relato “Los vientos”, ambientado en un Madrid distópico, publicado originalmente en el número de agosto de 2021 de *Letras Libres*, por el veinte aniversario de la edición española de la revista.

Otra de esas tensiones, presente en su vida y en su obra, se establece entre el impulso romántico y el ideal ilustrado o racional. Vargas Llosa en muchas cosas tenía una sensibilidad romántica; los personajes que admiraba o retrataba positivamente mostraban la curiosidad, el entusiasmo, incluso la ceguera de los románticos. Un escritor no elegía los temas: estos eran obsesiones que lo perseguían. La literatura, decía en un célebre discurso, es fuego. Trabajaba los libros, se documentaba, disfrutaba con sus “papeles”, pero el arte es transgresión, locura. Al mismo tiempo creía que esos impulsos aplicados a la política podían producir monstruos: allí desconfiaba de las utopías, de grandes sueños dogmáticos que acababan requiriendo aplastar la libertad. La imaginación que disfrutamos en el arte y la literatura puede generar tragedias políticas, y el gusto por la magia narrativa no debe justificar la barbarie pública.

Ha sido una vida rica y fértil, y ha producido una obra formidable. Volver a ella hará que nos sintamos un poco menos huérfanos. ~

DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres* y columnista de *El País*. En 2023 publicó *El padre de tus hijos* (Random House).



IN MEMORIAM

La amistad, la transparencia: Andrés Sánchez Robayna

por **Malva Flores**

¡Al fin nos conocimos!, me dijo un hombre risueño, parado junto a un gran árbol de Navidad, en el sitio más extraño para nuestro primer encuentro: San Luis Potosí, a miles de kilómetros de Tenerife y a cientos de Xalapa. Andrés Sánchez Robayna (1952-2025) era más pequeño y mucho más gentil de lo que yo imaginaba por las cartas que cruzábamos desde hacía veinte años, pero nunca nos habíamos abrazado. Conocía su rostro en fotografías, pero lo imaginaba más alto o eso pensé al verlo junto al altísimo árbol navideño del hotel donde nos hospedamos. Habíamos sido invitados al Festival Internacional Letras en San Luis y desde meses atrás

aparecía en nuestra charla esa ilusión: conocernos.

Cuando David Medina Portillo y yo llegamos a vivir a Xalapa en 2004, lo primero que hizo fue comunicarse con sus amigos para darles las nuevas señas y me pidió que firmara un libro mío para enviárselo a Robayna, como le decíamos. Así nació una relación epistolar que se afirmó cuando me convertí en editora de poesía de *Letras Libres* y traje a la revista —de la que era consejero— no solo sus poemas sino también sus traducciones, pues era un notable traductor y un amigo y maestro generoso, que me envió varias veces traducciones de algunos discípulos y amigos suyos que se reunían en torno de un proyecto que él amaba: el Taller de Traducción Literaria de la Universidad de la Laguna, su casa, del que salía un boletín dedicado a mostrar las traducciones o reflexiones sobre la traducción que se hacían en ese taller que duró veinticinco años.

“Para Malva y David. *Boletín del TTL*, colección completa: 36 números. (2011-2020)”, dice, con su escarpada letra, el cintillo de papel bond con el que llegó a Xalapa ese boletín

que Andrés editó junto con Jesús Díaz Armas hasta el verano de 2020. Conservo los cintillos similares que para *Can Mayor*, *Vulcane* y *Literradura* confeccionó Robayna y que arribaron a mi casa, junto con la colección completa de su *Syntaxis*, en una caja enorme que viajó desde Tenerife en 2022. Había descubierto que yo también amaba las revistas y se convirtió en consejero de mi proyecto *Péndola*. *Redes y Revistas*, lo que multiplicó nuestros correos. La primera revista que albergó ese sitio fue justamente su *Literradura*, que digitalicé muy torpemente y lo lamento.

Me cuesta trabajo hablar de Sánchez Robayna en pasado. Como alguien que fue y no que sigue siendo en mi memoria, en sus libros o en los libros de otros, que tradujo, prologó, reseñó, estudió, compiló. Apenas hace unos meses nos había mandado *Gradas*, de Ramón Xirau, traducido y prologado por él, y uno suyo, el último, llamado *Las ruinas y la rosa*, ambos publicados por Galaxia Gutenberg, donde tenía muchos proyectos que lo emocionaban, según me contó esas mañanas heladas en San Luis, cuando nos encontrábamos para desayunar muy temprano, antes de que llegaran los demás invitados al festival.

“Trabaja en tu huerto bajo el chillido de las gaviotas”, concluye Andrés en *Las ruinas*, y busco sus primeras palabras en *La inminencia* (*Diarios, 1980-1995*): “Escribir en este tiempo —en este *no-tiempo*.” Ese arco, que inició en *Día de aire* (1970), recorre la escritura de un poeta, en quien confluyeron la crítica, el arte, el estudio de nuestra tradición y de otras tradiciones, el amor absoluto por las palabras: su precisión acechada siempre por la inminencia del silencio. La tensión entre el silencio y las palabras dio por resultado la escritura de una poesía transparente, digna, en la mejor de sus acepciones. Una poesía que celebra la belleza del mundo, aun en el dolor o la perplejidad. Poesía como isla en medio del escándalo y la vulgaridad, la de

Robayna le habla a sí mismo, pero nos habla a todos:

Miras una vez más pasar las nubes
del verano en un charco bajo el cielo.
Refulge el mar. Un niño ve en sus
[manos
moras y arena más allá del tiempo.

Aquellos días en San Luis fueron prodigiosos para mí. Nos reímos, nos indignamos con el horror de los políticos allá, acá; lamentamos el desinterés por la poesía y la destrucción del lenguaje: el agravio a las palabras. Me habló de Góngora, de sor Juana, de Paz, a quienes tanto admiraba.

“Para el poeta, las palabras son actos”, dice en una de las entradas de *Las ruinas y la rosa*. Sus actos eran dulces o lo fueron conmigo. El día de nuestra despedida necesitaba salir muy temprano del hotel en una camioneta que llevaría a varios de los participantes al aeropuerto. Él viajaría más tarde y desde la noche previa nos dijimos adiós, pero a la mañana siguiente me esperaba en el restaurante y, cosa insólita en estos tiempos, me acompañó hasta el vehículo y ahí esperó hasta que se puso en marcha. Dentro de la camioneta, un último pasajero subió: Hernán Lara Zavala, con quien conversé en el trayecto de aquellos lejanísimos días, cuando él era director de Literatura de la UNAM y yo, que trabajaba en una dependencia administrativa espantosa, lo saludaba todas las mañanas, pues mi cubículo tenía una ventana desde donde podía ver su oficina. Durante el viaje recordamos las veces en que, con cariño y paciencia, consolaba mis desastres amorosos o me impulsaba a escribir, llevando mis poemas o mis críticas al *Periódico de Poesía* o a *Los Universitarios*. Hoy ya no está ninguno de los dos y no quiero creerlo, pero antes de que avanzara el vehículo, me asomé por la ventana. Ahí estaba Andrés, despidiéndose de mí y aún escucho nuestras últimas promesas: leería mi libro de

poemas cuando yo lo terminara, visitaría Xalapa y nosotros Canarias, haríamos una *Revista Breve de Poesía*.

El pasado 12 de febrero recibí su último correo. Se disculpaba por no haber escrito y explicaba que había tenido “algunos problemas de salud, que espero dejar pronto atrás. Los años no perdonan, y algo hay que tener a ciertas alturas de la edad. Deséame suerte”.

“¿Y si el silencio fuera, paradójicamente, la última forma de la dignidad?”, se preguntaba Andrés en *Las ruinas*. Yo prefiero responderle con unos versos suyos, que hoy me siguen hablando: “Todo reposa, ahora, ante el mar extendido. / Como un rocío, hay paz sobre la hierba húmeda.”

¡Suerte!, querido Andrés. ~

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. En 2024 publicó *Manual para el crítico literario en emergencias* (Universidad Veracruzana/El Equilibrista).

AJEDREZ

Quinientas formas de crear belleza

por **Juan Francisco Fuentes**

El 1 de abril de 2015 se emitía la primera entrega de *El rincón de los inmortales*, la maravillosa colección de vídeos semanales sobre ajedrez creada y presentada por el periodista Leontxo García y difundida a través del periódico *El País* y de su canal en YouTube. Diez años después, exactamente el pasado 14 de abril, la serie alcanzaba su capítulo número quinientos, culminando así la marcha triunfal iniciada en abril de 2015 con el análisis de la partida jugada en París, en 1843, entre el británico Howard Staunton, considerado el mejor jugador del mundo

en aquel momento, y el francés Pierre Charles Saint-Amant, funcionario en las colonias, revolucionario en 1848, cónsul de Francia en California, viajero impenitente —murió en Argelia en 1872— y marchante de vinos. De ahí el título de aquel primer *Rincón* de Leontxo García: “El vendedor de vino que tumbó al número uno del mundo.” De aquella partida se desprende una moraleja aplicable a otros muchos vídeos de la colección, según la cual el jugador más débil puede derrotar al más fuerte en un momento de especial inspiración. Este fogonazo mental capaz de anular la superioridad técnica de un rival o de darle la vuelta a una situación adversa hace que, de repente, surja la belleza sobre el tablero. En ello reside la inmortalidad de estas quinientas partidas y de sus artífices, algunos de ellos jugadores de segunda fila o simples aficionados a los que en algún momento se les apareció la musa del ajedrez.

Un thriller semanal

La fecha en que se celebró aquella primera partida analizada por Leontxo no era gratuita. A mediados del siglo XIX, el ajedrez se encontraba en pleno cambio hacia la modernización del estilo de juego mientras se mantenía en todo su vigor la influencia de la escuela romántica, que ofrecía sacrificios inverosímiles y jugadas de alto riesgo para deleite de los aficionados. La serie pretendía seguir un orden cronológico marcado por la fecha de cada partida como una forma de mostrar la evolución del juego, a menudo en función de gustos y tendencias determinados por el propio devenir histórico. Es posible que el éxito de la serie llevara a su creador a renunciar al orden temporal, que dificultaba la elección de las partidas y le obligaba a avanzar hacia un tiempo presente que condenaba al *Rincón* a una caducidad prematura. Al librarse de esa cláusula de estilo, el periodista podía moverse con toda libertad en busca de sus más preciadas joyas ajedrecísticas



y comparar el estilo de juego en épocas diversas.

La otra mutación que ha experimentado a lo largo de estos diez años ha sido la duración de cada vídeo, de menos de diez minutos al principio y casi el doble en la actualidad, cuando las partidas se analizan en toda su extensión y no solo, como al principio, su desenlace. La transición al nuevo formato se produjo con el vídeo titulado “La elegancia de Ívkov”, emitido en diciembre de 2017, y afectó ligeramente al planteamiento de la serie, que se hizo más didáctica, pues aunque los primeros movimientos se explicaban de forma sumaria, el periodista incidía en las características de la apertura y en los pros y los contras de su desarrollo antes de llegar al punto de inflexión en que la partida se deslizaba hacia la inmortalidad. Desde el punto de vista de la economía del relato audiovisual, esta primera parte puede parecer prescindible y, sin embargo, tiene el aliciente

añadido de contemplar a Leontxo García reproducir de memoria partidas enteras, algunas bastante largas, en un solo plano, sin interrupciones, trucos ni anagazas de montaje o posproducción. Son poquísimos los vídeos en que se advierte algún pequeño salto o cambio de plano en la imagen. Todo de memoria, todo de corrido; siempre hilvanando con verdadero virtuosismo la historia protagonizada por las piezas movidas por sus manos y su relato, igual de preciso y fluido, del desarrollo del juego. Para lograrlo, Leontxo mezcla recursos analíticos y narrativos de la máxima eficacia, desde su omnisciencia de narrador clásico al especular con lo que pudo pensar cada jugador en momentos clave de la partida, hasta comentarios sobre la vida y la personalidad de los ajedrecistas —a muchos los ha tratado personalmente— o ciertos toques de humor negro a lo Hitchcock, como cuando advierte de las emociones fuertes provocadas por una partida,

en plena escalada de la tensión, y del peligro que corren los espectadores que sufran del corazón.

No es la sutil ironía con que salpica sus vídeos lo único que comparte con el mago del suspense. Su breve presentación antes de dirigirse al tablero recuerda la introducción que hacía el director británico en su serie de televisión *Alfred Hitchcock presenta*, administrando al espectador la dosis justa de información para abrir su apetito narrativo y saciarlo luego con la historia, no muy larga, que le tenía reservada. Al contemplar en acción la prodigiosa memoria de Leontxo y la forma en que encadena una jugada tras otra es inevitable acordarse de *Los 39 escalones*, vieja obra maestra de Hitchcock, en la que el Señor Memoria demuestra sus portentosas facultades en un teatro londinense al responder a los requerimientos del asombrado público, que le pide los datos más rebuscados sobre tal o cual episodio del pasado. Las tramas ajedrecísticas analizadas por Leontxo tienen mucho, finalmente, de thriller. Se sabe quién va a ser la víctima, pero hasta el final no descubrimos cuál de todas las piezas es el asesino y cómo consigue ejecutar ese crimen perfecto que acaba siendo cada vídeo de *El rincón de los inmortales*.

Microrrelatos

Algunos títulos de la colección dan idea del talento de su creador para contar historias y ponerles nombre: “El arte de no hacer nada”, “Mucha belleza en poco espacio”, “Gukesh sale del ataúd”, “Disfrutar con una torre rabiosa”, “Explosión de belleza en un páramo”, “Belleza cósmica de Alpha Zero”, “Una jugada peligrosa para el corazón”, “¡Enrócate de una vez!”, “El orangután inmortalizado” o “El rey extraído hacia el cadalso”. Este último plantea la apasionante cuestión, sobre todo para un historiador, de la historicidad de las partidas. En la segunda de la colección, la que jugaron Hoffmann y Petrov en Varsovia en 1844, que,

dada su brevedad, reproduce de principio a fin, empieza por recordar la gran obsesión del ajedrez decimonónico, que no era otra que acabar con el rey lo antes posible. Si aquella época estuvo marcada por el espíritu regicida heredado de la Revolución francesa, en la segunda mitad del siglo xx el ajedrez se convirtió, como la carrera espacial, en uno de los principales indicadores del prestigio de las dos superpotencias, deseosas de mostrar su poderío de forma incruenta, sin poner en peligro el llamado “equilibrio del terror”. Solo Bobby Fischer, al que Leontxo dedica un buen puñado de vídeos, consiguió arrebatar a la URSS su hegemonía, aunque por poco tiempo y gracias a una intervención directa de Henry Kissinger.

Tras la Guerra Fría, el mundo se hizo más complejo e impredecible. Algunos de los grandes temas de nuestro tiempo tienen también cabida en la serie, desde el papel de la mujer, tan importante en el ajedrez y tan lleno de altibajos a lo largo de su historia, hasta la inteligencia artificial y sus límites para emular y derrotar a sus creadores. Que la capacidad de cálculo de los ordenadores —“nuestros amigos inhumanos”, como los llama Leontxo— los convierte en imbatibles es cosa sabida. Que puedan crear belleza resulta más problemático, entre otras cosas por el carácter antropocéntrico del concepto y por la dificultad de definirlo. Él reconoce haber sido muy escéptico sobre esa posibilidad, hasta que con el tiempo no tuvo más remedio que cambiar de opinión por razones que expone en varios episodios, como el titulado “Stockfish: inhumana, pero bellísima”.

Entre el silicio y la literatura

¿Puede un monstruo de silicio convertirse en alquimista del tablero al transformar el cálculo en belleza? Si esta última, como sostiene Leontxo, es hija de las imperfecciones del juego —“El error como madre del arte”, titula una de sus pequeñas

joyas—, el acceso de los ordenadores al rincón de los inmortales estaría restringido paradójicamente por su perfección técnica. Hay, sin embargo, cuatro partidas protagonizadas por máquinas que parecen actuar contra lo que les dicta su naturaleza y travestirse de seres humanos, técnicamente limitados pero dotados de un sentido estético e imaginativo del juego. El duelo entre los programas Stockfish y Jonny (*sic*), analizado en el vídeo 354, da una respuesta tan rotunda como inquietante a la pregunta de si las máquinas pueden imitar a los humanos en todo lo que se propongan, también en sus imperfecciones más creativas. Como tal cabe considerar la decisión de Stockfish de sacrificar una torre sin una ventaja inmediata en una partida que se decidió finalmente a su favor por aquella jugada. ¿Arte o cálculo? Acaso empiece siendo pura computación y acabe sublimándose en belleza.

Como en el caso anterior, la forma más común de alcanzarla es el sacrificio de una pieza, cuanto más valiosa sea y más se tarde en rentabilizarla mejor. Por eso merece mención aparte el episodio titulado “Una idea exquisita de Gadimbayli”, emitido en agosto de 2023. Por mucho que veamos la partida y que conozcamos su desenlace, no deja de asombrarnos que un movimiento aparentemente anodino de la torre blanca de a1 a a3, propio de un principiante, acabe sentenciando al rey negro veinte jugadas después en el otro extremo del tablero y tras la desaparición, una tras otra, de las piezas que hacían cola, como esperando el autobús, en las casillas de esa fila. Era como si su artífice, un jugador azerbaiyano de trece años, hubiera leído y quisiera aplicar al pie de la letra aquella máxima de Chéjov sobre las leyes de la buena narrativa: que cuando al principio de un relato se dice que hay un clavo en la pared, ese clavo tiene que servir para que al final el protagonista se cuelgue de él. La “idea exquisita de Gadimbayli”



consiste en hacer que la torre sea el clavo de Chéjov.

La representación semanal de *El rincón de los inmortales*, con su puesta en escena minimalista y el discreto acompañamiento musical de “Night and day”, de Cole Porter, consigue crear un ambiente de especial intimidad que realza la complejidad y la belleza de la historia contada y resuelta por Leontxo García. Él mismo se pregunta qué tiene este juego para apasionarnos tanto. Puede que la respuesta sea más sencilla de lo que parece y que remita una vez más a Hitchcock: “*A good drama is like life, but without the boring parts.*” El ajedrez es como la vida, pero sin la parte aburrida. ~

JUAN FRANCISCO FUENTES es catedrático de historia contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia.

CRÍTICA

Un legado para la esperanza

por **Andrés Barba**

Se han cumplido ya quince años desde que Mark Fisher dejó caer sobre la teoría política y cultural aquella bomba de protones llamada *Realismo capitalista*, un involuntario *bestseller* fraguado al calor del mítico blog K-Punk. Lo que Fisher denominaba “realismo capitalista”, aquella indefinible sensación generalizada de que el capitalismo no solo era el único sistema político y económico viable, sino que —tras la crisis del 2008— resultaba imposible imaginar una alternativa coherente (“es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo”), confluía en la peor perversión de todas: la *ontología empresarial*, esa perversión del pensamiento político

que nos hace creer que todo debe ser gestionado como si se tratara de una empresa, también la salud, la educación, y hasta el propio cuerpo o el placer mismo. Para Fisher, esa imposibilidad mental de salir del sistema capitalista “hechizaba” la cultura contemporánea, impregnándola de una incapacidad cada vez más gradual y sistémica de producir “algo nuevo”. Ya en aquel libro hablaba Fisher de lo que luego fue el germen de uno de sus pensamientos más fructíferos: el “anhedonismo depresivo”, no tanto la incapacidad para sentir placer característica de la generación perdida, sino la incapacidad para hacer cualquier otra cosa que no fuera buscarlo en las generaciones actuales. La depresión natural de las generaciones *millennial* y posteriores estaba anclada para Fisher en ese callejón sin salida entre la imposibilidad de un futuro fuera del sistema y la imposibilidad de hacer otra cosa que no fuera buscar *depresivamente* pequeñas compensaciones por ello. Tal vez como nadie de su generación, Fisher hizo un retrato de

nuestra psique a la vez brutal y compasivo, pesimista pero también militante y propositivo. Pero el que tanto puso sobre la mesa toda la responsabilidad de la pandemia de la depresión acabó suicidándose el mismo año en el que dictaba estas clases que se reúnen ahora bajo el elocuente título de *Deseo postcapitalista*.

Lo primero que se puede decir de esta fantástica edición de Caja Negra es el puntilloso celo con el que trata de preservar el legado de Fisher y ponerlo en contexto, a lo que contribuye en buena medida el excelente prólogo de Matt Colquhoun. El libro consiste en realidad en una transcripción literal de las últimas clases que Fisher dictó en Goldsmiths (University of London) y que formaban parte de lo que iba a ser su último proyecto, titulado *Comunismo ácido*. En su seminario Fisher pretendía explorar la nefasta e intrincada relación entre deseo y capitalismo, y la medida en que el primero puede a la vez ayudarnos y refinarnos en nuestros intentos de escapar del segundo.



En una de sus cartas a Louise Colet, Flaubert nos regaló esta perla: “el ideal: tomar una noticia del periódico al azar y escribir un libro sobre ella”. Pues bien, algo parecido a ese ideal fue lo que hizo Mark Fisher con este seminario: partir de un comentario al vuelo aparecido en la prensa y convertirlo en toda una disertación de teoría política. ¿El episodio? Durante las manifestaciones en 2010 del movimiento Occupy la política conservadora Louise Mensch hizo un comentario irónico sobre aquellos militantes “que denunciaban el capitalismo mientras hacían cola en Starbucks o tuiteaban sobre política anticapitalista desde sus iPhones”. Fisher pensó que la ironía de Mensch merecía una respuesta escrupulosa, pues si bien su cinismo era superficial, las implicaciones de su crítica no dejaban de ser profundamente inquietantes.

“¿Hasta qué punto –se preguntaba Fisher– nuestro deseo de poscapitalismo está ya para siempre capturado y neutralizado por el propio capitalismo? ¿Cómo se supone que tenemos que combatir la intensificación del deseo de bienes financiados mediante el crédito?” Para Fisher la respuesta a ese enigma no pasaba por una aspiración reaccionaria, un primitivismo precapitalista, sino por una especie de *contralibido*. La propuesta de Fisher es que tenemos que acelerar para ir más allá del principio de placer, más allá de nuestra cultura de retrospección y pastiche, más allá de la persistente desarticulación de la conciencia de grupo y del realismo capitalista. Fisher propone a sus estudiantes una nueva praxis de “aceleracionismo de izquierda”. Debemos acelerar los mecanismos del capitalismo hasta su inevitable perdición porque “las cosas tienen aún que empeorar antes

de que puedan mejorar”. El pesimismo propositivo de Fisher entiende que, como ya no hay vuelta atrás a un pasado cosificado, tratar de regresar no es más que aceptar el destino del capitalismo como sistema inevitable, por eso la única salida es *a través*, la única forma de escapar es yendo hacia delante, hacia delante en el tiempo y en la historia.

A diferencia de otros textos de Fisher, más afinados y cortantes, este *Deseo postcapitalista* tiene la gracia de lo dialéctico. En las clases se ve al propio Fisher en alguna ocasión dubitativo y hasta perdido en sus propias tentativas, pero también espoleado por unos estudiantes inquietantemente listos. Tras el receso por Navidad de 2016 las clases de Fisher no se reanudaron de nuevo por el suicidio de su profesor, de ahí que la última clase sobre Lyotard tenga un sabor agridulce, pero el gesto dramático queda restaurado en parte por la militancia asertiva de su proposición. Allí donde el propio Fisher no fue capaz de mantener la esperanza, nos dejó un legado que nos ayuda a mantenerla. ~

ANDRÉS BARBA es escritor. En 2023 publicó *El último día de la vida anterior* (Anagrama).

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Cocodrilo bicéfalo

por Mariano Gistaín

El cocodrilo de dos cabezas tiene un resorte genético para evitar que se muerda a sí mismo: tensa la columna vertebral e impide que se malogre como ocurrió con los primeros. En épocas de celo o de furia suicida le duele la raspa, sufre contracturas y cae desmayado o cede a un letargo reparador.

Al ser tan hipersensible capta los horrores del mundo por ósmosis o simpatía y se revuelve contra lo que tiene más cerca, que es su propia cabeza otra, su gemelo inopinado, al que apenas reconoce porque es muy reciente y ninguna de las dos cabezas ha tenido tiempo de adaptarse a la otra.

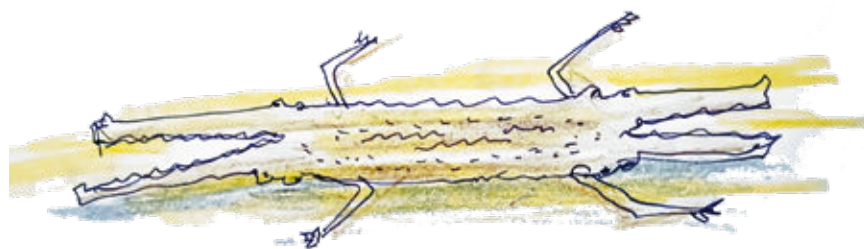
La hipersensibilidad ambiental es una característica de la bicefalia, ya que los ejemplares anteriores, unicéfalos, son impasibles y solo reaccionan a estímulos directos. Es posible que el tratamiento, o la parte humana, haya aumentado la receptividad.

Los cerebros de las cabezas son más reptilianos que otra cosa, pero se sospecha que el cerebro intestinal es ya moderno y al parecer siempre trata de poner paz y acatar las reglas que, en definitiva, le permiten sobrevivir incluso en ambientes hostiles.

Los cerebros reptilianos, a la mínima contrariedad, se lanzan contra su otra mitad, pues funcionan de forma individual y, de no mediar el estómago, que es único y común, tienden a enzarzarse. Se dan casos, muy excepcionales, en los que la rabia y la impotencia, la desesperación simétrica de las dos cabezas, ha hecho que el odio mutuo, en su ciego afán por matar al opuesto, haya quebrado la propia columna. La virulencia de las acometidas íntimas ha roto la barra de torsión y el espécimen ha quedado inmóvil, con los nervios seccionados por su propia bravura.

Esta postración obligatoria de los que se parten la espina no aplaca el odio y ambas cabezas, aún impotentes, boquean y tratan de darse dentelladas. Es posible que cada cabeza sienta a la otra como si fuera la antigua cola, que ahora no existe, y al querer usarla para azotar o nadar se desate el furor.

Por lo demás, en épocas apacibles, el cocodrilo bicéfalo, salvo repuntes de rabia (que quizá son ejercicios de mantenimiento, como una gimnasia, o episodios de ausencia de cola



como el descrito), convive en armonía y lleva una vida normal.

El cocodrilo bicéfalo nació en un cuaderno, se reprodujo en folios sueltos (numerados y fechados) y se hizo carne por manipulación casual del genoma probando el kit de herramientas gratuito de edición en línea con 1A, así que no está inscrito en la lista de especies sobrevenidas ya que colarlo en la taxonomía supone arduas gestiones y desembolsos que exceden las pretensiones del experimento. Sí que se solicitaron los permisos y licencias de la Unión Europea para innovaciones con seres vivos (aunque es dudoso que este sea un ser vivo con todas las letras del ADN, ya que la manipulación, al efectuarse con la versión gratuita, ha suprimido –o comprimido, no está muy claro– parte de los pares de bases para hacer más asequible el trasiego de subir y bajar a la nube, por lo que la empresa –por lo demás ya en quiebra técnica y en trance de

venta– no garantiza la integridad ontológica del prototipo).

A estas limitaciones habría que añadir que las autoras del experimento, todas avezadas doctorandas (femenino genérico), insertaron fragmentos de su propio genoma en zonas sensibles del cocodrilo aún prebicéfalo, tal como consta en las especificaciones que adjuntamos en la solicitud de subvención de los fondos estructurales de ayuda al emprendimiento diverso y ecológico en su apartado “resiliencias y evolución compartida en igualdad”.

Consultadas ciertas autoridades expertas en crear subespecies al margen de las leyes (aunque muchas de estas criaturas son adquiridas para solaz de sus miembros por las mismas instituciones que las promulgan), han coincidido en elogiar la originalidad del cocoliso –nombre familiar– e incluso han encargado varios lotes para diversos clientes, aunque dada la subida de las tasas al comercio y lo

que tardan en reproducirse *per se*, se ha optado por fabricar embriones como el que venimos comentando, lo que además abaratará el transporte y, casi seguro, permitirá esquivar el papeleo.

Lo que no han tenido tiempo de comprobar los betatesters es que la parte de genoma humano que se insertó en la réplica afecta a dos órganos que a veces se consideran el mismo: en efecto, el nuevo biotipo tiene por una parte su cerebro intestinal enriquecido con neuronas, haces y madejas humanas, y por otra dispone de órganos sexuales también humanos, femenino por un lado y masculino por el otro, lo que le permitiría copular consigo misma/o.

El problema para esta operación es que si el mecanismo o resorte de la columna rígida citado arriba detectara violencia, gestos bruscos o intención aviesa, podría llegar a tensarse, lo que impediría la coyunda por el ya mencionado crujido lúmbeo, con el consiguiente desperdicio.

Estos extremos aconsejan limitar la exhibición del cocodrilo bicéfalo a espacios restringidos. Por último, y a la espera de más hitos reseñables, conviene advertir que el uso recreativo del engendro en según qué entornos puede ser peligroso ya que se ha dado algún caso en que el público, subyugado por la versatilidad y la fantasía, ha intentado interactuar con el súcubo –o íncubo, según– sin las debidas garantías y ha habido que lamentar incidentes, aunque no se ha podido elucidar si las amputaciones han sido debidas al instinto natural (ya algo atenuado por el factor humano) o a la fogosidad del momento.

Así que con la subida de aranceles nos limitamos a enviar embriones a la carta y quiero reiterar que humanos puros no hacemos de momento. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).

Ilustración: Mariano Gistáin

